

*Si existe ese algo inmenso, inmensurable, vasto, triste y deseado, que llamamos Rusia, hay que decir que está expresado en su mayor parte por Gorki.*

ALEJANDRO BLOK:  
Los nuevos días.

**Gorki y el Soviet.**—Al estallar la revolución bolchevique, Máximo Gorki culminaba en su apostolado por los «ex-hombres». Toda su vasta y bella obra había revelado un mesianismo infatigable en pro del mundo, borrascoso y trashumante, de los sin hogar. De suerte que al triunfar el Soviet, con su Evangelio proletario, Gorki tomó partido por las reivindicaciones comunistas.

Conocida es universalmente su labor en pro del Arte y la Enseñanza, ya como director general de ésta, ya como propagandista periodístico. Su diario *Vida Nueva*, al apoyar resueltamente a Lenin, contribuyó a afirmar el régimen, combatiendo a sus enemigos a sangre y fuego.

Su libro *El mujik*, aparecido en 1922, tiene como ha dicho Pietro Pancrazi, «la frialdad de un documento y la eficacia de un libelo». Su biografía de Lenin, publicada a la muerte del dictador rojo, produjo sensación inmensa. Y, en fin, sus *Notitas* (1924), soberbia recopilación de retratos, escenas y episodios comunistas, lo muestran, ya expatriado y perseguido, confiscados sus bienes y su periódico, en aquella actitud colérica del fiel que comprueba el perjurio.

Gorki confiaba en la acción. Enemigo del «oniguenismo», de Puchkin; del «oblafismo», de Goncharof; de cuanto en la historia de su país significa conformidad y quietud, era—frente a la resignación mística de Dos-toiewsky, frente al «no oponerse al mal», de Tosltói—apóstol de la rebeldía.

Sus *bosiaki* (vagabundos), llamados por Anatole France «los indios de Rusia», descubiertos por un Colón iracundo, formaban en batalla frente a la burguesía inclemente. Durante medio siglo, los *bosiaki* son yunque del martillo plutócrata. De pronto, al advenir el Soviet, el yunque se trueca en martillo. ¿No era esto, precisamente—ser martillo—, lo que hacía aborrecible a la burguesía? ¿No eran la fuerza y la violencia, remachando el grillete de Prometeo, como en la tragedia de Esquilo.

El Soviet, como antes el za-



## El hombre y los ex-hombres

rismo, impónese por el terror. Despoja, encarcela, fusila. Su obra no sólo es violencia y venganza, sino corrupción y mentira. ¿Puede autorizar Gorki tanta y tanta monstruosidad?

**Tres generaciones.**—Lenin no consentía réplicas. Gorki no podía callar Surgió, pues, la ruptura, resonante, dramática. Una buena mañana, agentes de la Checa, rodearon la imprenta de Gorki, que hubo de escapar más que aprisa.

Primero en Berlín; luego en Nueva York; más tarde en su retiro habitual de Capri, el genial escritor denunció ante el mundo el gran fraude. El Soviet, lejos de ser la redención, era una nueva y ominosa esclavitud. Al zarismo aristocrático había sucedido el cesarismo demagógico. A la corte de Peterhof, el Instituto Smolny. Al Sñodo de Pobedonosef, el Comité de comisionarios del pueblo.

Este fermento bolchevique operó en Gorki como un formidable reactivo. Y en Capri, junto al mar azul, el apóstol de los ex-hombres fué metodizando sus cóleras por la reflexión y sus juicios por el documento, hasta dar, en su libro *Los Artamonof*, un robusto resumen del comu-

nismo al través de tres generaciones: el *mujik*, de la época de los siervos; el industrial dilapidador, de la época zarista y el revolucionario bolchevique. Generación aldeana y crédula. Generación industrial y ambiciosa. Generación revolucionaria y tiránica.

Las tres generaciones de Artamonof no sólo se dañaron a sí mismas, sino que quitaron la fe y la paz a los siervos, a los *mujiks*, a los obreros de toda Rusia.

«Pecasteis—dice Gorki—. Delinquistéis. Son innumerables vuestras culpas. Yo os miraba, sin quitar ojo, preguntando: «¿Cuándo acabará todo esto?» Y acabó. Habéis dispersado a los hombres, como polvo, como guiñapos...»

Los trenos de este Jeremías eslavo suscitaron largas y vivaces polémicas en su país. La reacción no se hizo esperar. Durante semanas, durante meses, fue cuajando la atención pública. Al cabo, aprovechando el sexagésimo aniversario del natalicio, Rusia se decidió a desagraviar a Gorki.

**La apoteosis del desterrado.**—En Moscou se creó el Comité central. Con el concurso de la Biblioteca Lenin, organizó una Exposición Gorki, don-

de figuran, con las obras en ruso, traducciones en todos los idiomas, críticas, ensayos, retratos, bocetos de sus dramas, fotos de sus películas...

El comisario de Instrucción pública ordenó a todas las escuelas solemnidades en honor del genial ruso. Nijni-Nugorod ha creado una Biblioteca, y Kanavino, una Universidad Obrera. En Uladimir todas las fábricas celebraron veladas literarias. En Kazan, los teatros dieron funciones gratuitas con obras de Gorki. En Georgia, en Tiflis, ¡hasta en Siberia!, se celebró el aniversario—27 de marzo—, entre el frenesí popular.

Leningrado le honró con una sesión magna, presidida por Glazunof, Stanislauski y Oldenburg. Bakanin dió en Moscou una conferencia. Chekof y Korolenko se ofrecieron a prologar las «Ediciones del Estado» con las obras completas en veinte lujosos volúmenes. Lunacharsky dirigió un número extraordinario de las *Izvestia*, donde han loado a Gorki, desde Stalin hasta Rikof, todos los bolcheviques de nota. Por último, se ha bautizado con el nombre de Gorki los vagones de cuarta clase, donde viajan los «ex-hombres».

El desagravio a Gorki tiene los caracteres de una apoteosis nacional. En las ciudades como en las aldeas, en las escuelas como en las fábricas, en los cafés como en los trenes, el retrato de Gorki, compitiendo con el de Lenin, desata las aclamaciones del pueblo. Los mismos que firmaron su exilio claman ahora ardorosamente por la vuelta del desterrado. Para el tiempo, supremo juez, la justicia podrá nublarse; mas al fin, como en la divisa cervantesca, «tras las tinieblas surge el Sol».

En tanto, el desterrado genial vive en Berlín—con su segunda esposa y su niña de pocos años—la vida rehecha, pero melancólica, del hombre que padeció por los ex-hombres. La intelectualidad universal le ha consagrado—como a Romain Rolland, el apóstol del pacifismo—un homenaje de fervor y admiración, entre cuyas firmas insignes figura Miguel de Unamuno.

¿Tornará Gorki a su país? ¿Cederá a las aclamaciones de un pueblo que tan fervidamente le desagravia? ¿Volverá el hombre a los ex-hombres?...

*Cristóbal de Castro*

(La Libertad, Madrid).